

**EL OJO CRÍTICO**



José  
Lois  
Estévez

**Pensamiento, habilidades y educación.** *Por José Lois Estévez*

¿QUÉ significa pensar? Exclamaba Heidegger en 1954, dando con ello particular trascendencia a la pregunta. Sin llegar a tanto, nos demandaremos nosotros si no tendrá sentido con tentarnos con menos y hacer otra indagación igualmente intrigante: ¿no se piensa en muchas ocasiones sin dar a nuestros pensamientos la intensidad a que hace referencia la pregunta Heideggeriana? También se habla con frecuencia del ‘arte de pensar’, como se conocía en otro tiempo a la Lógica, sin que así olvidemos que al iniciar en nuestra infancia el estudio de la Gramática, se nos decía también que era ‘el arte de hablar y escribir correctamente un idioma cualquiera’. Por eso nos parece legítimo inquirir: ¿en qué consiste ‘saber pensar’?

Nadie inadvertirá que la pregunta tenga su malicia, porque obliga primero a plantearse cuántas formas de pensar son posibles, en qué y por qué divergen y de qué modo es tan relacionadas con el destino humano.

Comencemos por lo más evidente. El hombre tiene, como uno de sus atributos más preciosos, la posibilidad de entretenerse ‘fantaseando’. Todos nos replegamos en nuestro fuero interno para encontrar un consolador refugio en situaciones de aburrimiento o infelicidad, cierto paraíso privado, en donde nos distrae una especie de ‘cine mental’ que contemplamos complacidos. Lo curioso es que, aun ‘ensimismados’ en soliloquios íntimos, nuestras confabuladas vivencias descubren siempre una trama social. ¡Tan sociables somos, que incluso para disfrutar de nuestras ‘figuraciones’ necesitamos la compañía virtual de nuestros semejantes! Esta es una forma distendida y gratificante de pensar que contribuye a educarnos. Por eso, alguien dijo: “¡Ven al edén perdido donde el dolor se ignora, / ya todos se les vuelve divino el pensamiento, / donde cada palabra deja huella creadora / y encuentran los deseos mágico cumplimiento!”.

En tales casos el pensamiento fluye a la deriva, ajeno a un fin consciente. No sigue caminos trillados sino que parte a la querencia para evocar recuerdos, emociones o afectos. Modos de pensar tales difieren de otros, más conscientes y objetivados, que casi siempre se nos presentan ya impresos en palabras. Son los juicios más importantes y se denominan ‘proposiciones’. Su esencia estriba en ser verdaderas o erróneas. Integran los conocimientos y ciencias. Y son asimismo el instrumento imprescindible para discernir verdad y errores, bien y males, paz y conflictos. La educación añade a esto la promoción de la habilidad manual. En resumen: potencia lo que cada uno tiene de ‘homo sapiens’ y de ‘homo faber’.

‘Saber pensar’ es, pues, haber aprendido cómo se identifica la verdad entre los errores, lo que se logra de dos modos. Uno, el más rudimentario, lo aportala Escuela, grabando en la memoria de los niños los resultados que ha ido obteniendo la humanidad en su esfuerzo por conocer cómo somos y cómo es el Cosmos que habitamos. Otro, localizado en la Universidad, enseña las ciencias tal como aparecen ahora, con la ganga de errores que las impurifican, y acosando sus persistentes adherencias el método científico de investigación. Pero entre la Escuela, dedicada al niño, y la Universidad, en donde culmina el desarrollo intelectual de los adultos, queda sin cubrir una etapa intermedia, representada biológicamente por la adolescencia y didácticamente por los Institutos o Liceos.

El niño representa al homo ludens. Su afán es jugar. La potencia intelectual que en él prima es la fantasía. Su atención es lábil. Por eso, la enseñanza propia para él reclama estimular la imaginación para proporcionarle los conocimientos simulando un juego. Repugnaría que se le atiborrara de indigestas nociones, que le harían aborrecible el aprendizaje. Ha de ganarse su interés desde las cosas que de verdad le interesan según él las siente y vive. Cuanto queremos que aprenda, se le presentará envuelto en ese 'como si' fabuloso, seductor y afectivo, con que él reviste todo en su mundo. Con sólo esto se sentirá feliz, como escuchando cuentos, ya aprenderá sin tedio ni fatiga. Como lo que le gusta es jugar y fantasear, hay que enseñarle de modo que parezca que estamos acompañándolo en sus juegos y diversiones.

La adolescencia, como revela su nombre, es una etapa crítica. El joven ha dejado de ser niño; pero, por lo común, sin haber alcanzado todavía el desarrollo del adulto. Hay que facilitarle la transición, para que no se resienta en el ascenso: de las impresiones emotivas del niño ha de pasarse a las ideas desapasionadas del adulto formado. ¿Cuáles el camino? Indaguemos primero ¿porqué la educación, adaptada a la personalidad de cada uno, continua y sin cortaduras, se ha convertido en indiferenciada y global, para 'clases' supuestamente homogéneas y parcelada en unidades artificial eso 'ciclos' de aprendizaje?

Varias causas explican tan extraño fenómeno, sólo tolerable por rutina. Primera, la progresiva diferenciación del saber. Mientras la herencia social se reduce a los hábitos decisivos para la supervivencia, los padres pueden encargarse de educar a sus hijos. En cuanto surge la especialización profesional, cambian también los usos pedagógicos. Desde la invención de la escritura, el hogar no puede monopolizar la enseñanza. Mientras para aprender a hablar ya imitar a sus progenitores no es necesario salir de casa, para escribir y aprender algún oficio nuevo, la familia tiene que buscar algún preceptor informado. La sociedad soluciona el problema creando la Escuela, donde la educación se configura como una síntesis de informaciones, adaptación a la convivencia y hábitos cooperativos.

Desde que nacen la Filosofía y las ciencias, la Escuela queda desbordada. La auténtica comprensión de las flamantes cuestiones exige madurez, capacidad de abstracción impropia ya de la adolescencia, altos niveles de lenguaje. Se requieren centros docentes especiales. La Academia Platónica y el Liceo Aristotélico fueron los gérmenes. Y el Museo alejandrino, inspirado en ellos, fue el primero de carácter público, cuya genialidad consistió en dejar encomendada su creación a dos de los más grandes sabios de su época, sin sujetarlos a ninguna cortapisa política. Exento de prejuicios y trabas administrativas, el Museo fue la Universidad más grande que haya conocido el mundo, que tuvo el mérito de haber inventado la monografía científica, o sea, los trámites del pensamiento gracias a los cuales uno está seguro de tener el error reducido a mínimos.

Sabemos, incluso, a quienes se debe tamaña invención: Estratón de Lámpsaco, Aristarco de Samos, Arquímedes de Siracusa, Hiparco de Nicia, Apolonio de Pérgamo, Eratóstenes de Cirene... por mantenerse en las cumbres.

Y aunque su labor sobrepasó la monografía, escribió allí el libro de texto más importante que ha visto el mundo. No quisiera, por eso, omitir el gran nombre de Euclides de Alejandría, cuyos Elementos, como el Almagesto de Ptolomeo no tienen par.

(\*) *Catedrático extraordinario de Epistemología*